

---

# **Romancero Gitano**

**Federico García Lorca**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 2597**

---

**Título:** Romancero Gitano  
**Autor:** Federico García Lorca  
**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy  
**Fecha de creación:** 21 de marzo de 2017  
**Fecha de modificación:** 8 de septiembre de 2018

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**  
c/ Ramal, 48  
07730 Alayor - Menorca  
Islas Baleares  
España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Romance de la luna, luna

A Conchita García Lorca

La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira mira.  
El niño la está mirando.  
En el aire conmovido  
mueve la luna sus brazos  
y enseña, lúbrica y pura,  
sus senos de duro estaño.  
Huye, luna, luna, luna.  
Si vinieran los gitanos,  
harían con tu corazón  
collares y anillos blancos.  
Niño, déjame que baile.  
Cuando vengan los gitanos,  
te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados.  
Huye, luna, luna, luna,  
que ya siento sus caballos.  
Niño, déjame, no pises  
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño  
tiene los ojos cerrados.  
Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,  
¡ay cómo canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
El aire la está velando.

# Preciosa y el aire

A Dámaso Alonso

Su luna de pergamino  
Preciosa tocando viene,  
por un anfibio sendero  
de cristales y laureles.  
El silencio sin estrellas,  
huyendo del sonsonete,  
cae donde el mar bate y canta  
su noche llena de peces.  
En los picos de la sierra  
los carabineros duermen  
guardando las blancas torres  
donde viven los ingleses.  
Y los gitanos del agua  
levantan por distraerse,  
glorietas de caracolas  
y ramas de pino verde.

Su luna de pergamino  
Preciosa tocando viene.  
Al verla se ha levantado  
el viento, que nunca duerme.  
San Cristobalón desnudo,  
lleno de lenguas celestes,  
mira a la niña tocando  
una dulce gaita ausente.

Niña, deja que levante  
tu vestido para verte.  
Abre en mis dedos antiguos  
la rosa azul de tu vientre.

Preciosa tira el panadero  
y corre sin detenerse.  
El viento-hombrón la persigue  
con una espada caliente.

Frunce su rumor el mar.  
Los olivos palidecen.  
Cantan las flautas de umbría  
y el liso gong de la nieve.

¡Preciosa, corre, Preciosa,  
que te coge el viento verde!  
¡Preciosa, corre, Preciosa!  
¡Míralo por dónde viene!  
Sátiro de estrellas bajas  
con sus lenguas relucientes.

Preciosa, llena de miedo,  
entra en la casa que tiene,  
mas arriba de los pinos,  
el cónsul de los ingleses.

Asustados por los gritos  
tres carabineros vienen,  
sus negras capas ceñidas  
y los gorros en las sienas.

El inglés da a la gitana  
un vaso de tibia leche,  
y una copa de ginebra  
que Preciosa no se bebe.

Y mientras cuenta, llorando,  
su aventura a aquella gente,  
en las tejas de pizarra  
el viento, furioso muerde.



# Reyerta

A Rafael Méndez

En la mitad del barranco  
las navajas de Albacete,  
bellas de sangre contraria,  
relucen como los peces.  
Una dura luz de naipe  
recorta en el agrio verde,  
caballos enfurecidos  
y perfiles de jinetes.  
En la copa de un olivo  
lloran dos viejas mujeres.  
El toro de la reyerta  
se sube por las paredes.  
Ángeles negros traían  
pañuelos y agua de nieve.  
Ángeles con grandes alas  
de navajas de Albacete.  
Juan Antonio el de Montilla  
rueda muerto la pendiente,  
su cuerpo lleno de lirios  
y una granada en las sienes.  
Ahora monta cruz de fuego,  
carreta de la muerte.

El juez, con guardia civil,  
por los olivares viene.  
Sangre resbalada gime  
muda canción de serpiente.  
Señores guardias civiles;  
aquí pasó lo de siempre.  
Han muerto cuatro romanos



y cinco cartagineses.

La tarde loca de higueras  
y de rumores calientes,  
cae desmayada en los muslos  
heridos de los jinetes.  
Y ángeles negros volaban  
por el aire del poniente.  
Ángeles de largas trenzas  
y corazones de aceite.

# Romance sonámbulo

A Gloria Giner y a Fernando de los Ríos

Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas la están mirando  
y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.  
Grandes estrellas de escarcha,  
vienen con el pez de sombra  
que abre el camino del alba.  
La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,  
y el monte, gato garduño,  
eriza sus pitas agrias.  
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?  
Ella sigue en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
soñando en la mar amarga.

Compadre, quiero cambiar  
mi caballo por su casa,  
mi montura por su espejo,  
mi cuchillo por su manta.

Compadre, vengo sangrando,  
desde los puertos de Cabra.  
Si yo pudiera, mocito,  
ese trato se cerraba.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Compadre, quiero morir  
decentemente en mi cama.  
De acero, si puede ser,  
con las sábanas de Holanda.  
¿No ves la herida que tengo  
desde el pecho a la garganta?  
Trescientas rosas morenas  
lleva tu pechera blanca.  
Tu sangre rezuma y huele  
alrededor de tu faja.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Dejadme subir al menos  
hasta las altas barandas,  
idejadme subir!, dejadme  
hasta las verdes barandas.  
Barandales de la luna  
por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres  
hacia las altas barandas.  
Dejando un rastro de sangre.  
Dejando un rastro de lágrimas.  
Temblaban en los tejados  
farolillos de hojalata.  
Mil panderos de cristal,  
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas.  
Los dos compadres subieron.  
El largo viento, dejaba

en la boca un raro gusto  
de hiel, de menta y de albahaca.  
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?  
¿Dónde está tu niña amarga?  
¡Cuántas veces te esperó!  
¡Cuántas veces te esperara  
cara fresca, negro pelo,  
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe  
se mecía la gitana.  
Verde cama, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Un carambano de luna  
la sostiene sobre el agua.  
La noche se puso íntima  
como una pequeña plaza.  
Guardias civiles borrachos  
en la puerta golpeaban.  
Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar.  
Y el caballo en la montaña.

# La monja gitana

A José Moreno Villa

Silencio de cal y mirto.  
Malvas en las hierbas finas.  
La monja borda alhelíes  
sobre una tela pajiza.  
Vuelan en la araña gris,  
siete pájaros del prisma.  
La iglesia gruñe a lo lejos  
como un oso panza arriba.  
¡Qué bien borda ! ¡Con qué gracia!  
Sobre la tela pajiza,  
ella quisiera bordar  
flores de su fantasía.  
¡Qué girasol! ¡Qué magnolia  
de lentejuelas y cintas!  
¡Qué azafranes y qué lunas,  
en el mantel de la misa!  
Cinco toronjas se endulzan  
en la cercana cocina.  
Las cinco llagas de Cristo  
cortadas en Almería.  
Por los ojos de la monja  
galopan dos caballistas.  
Un rumor último y sordo  
le despega la camisa,  
y al mirar nubes y montes  
en las yertas lejanías,  
se quiebra su corazón

de azúcar y yerbaluisa.  
¡Oh!, qué llanura empinada  
con veinte soles arriba.  
¡Qué ríos puestos de pie  
vislumbra su fantasía!  
Pero sigue con sus flores,  
mientras que de pie, en la brisa,  
la luz juega el ajedrez  
alto de la celosía.

# La casada infiel

A Lydia Cabrera y a su negrita

Y que yo me la lleve al río  
creyendo que era mozuela,  
pero tenía marido.  
Fue la noche de Santiago  
y casi por compromiso.  
Se apagaron los faroles  
y se encendieron los grillos.  
En las últimas esquinas  
toqué sus pechos dormidos,  
y se me abrieron de pronto  
como ramos de jacintos.  
El almidón de su enagua  
me sonaba en el oído,  
como una pieza de seda  
rasgada por diez cuchillos.  
Sin luz de plata en sus copas  
los árboles han crecido,  
y un horizonte de perros  
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,  
los juncos y los espinos,  
bajo su mata de pelo  
hice un hoyo sobre el limo.  
Yo me quité la corbata.  
Ella se quitó el vestido.  
Yo el cinturón con revólver  
Ella sus cuatro corpiños.  
Ni nardos ni caracolas  
tienen el cutis tan fino,

ni los cristales con luna  
relumbran con ese brillo.  
Sus muslos se me escapaban  
como peces sorprendidos,  
la mitad llenos de lumbre,  
la mitad llenos de frío.  
Aquella noche corrí  
el mejor de los caminos,  
montado en potra de nácar  
sin bridas y sin estribos.  
No quiero decir, por hombre,  
las cosas que ella me dijo.  
La luz del entendimiento  
me hace ser muy comedido.  
Sucia de besos y arena,  
yo me la lleve del río.  
Con el aire se batían las  
espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.  
Como un gitano legítimo.  
La regalé un costurero  
grande de raso pajizo,  
y no quise enamorarme  
porque teniendo marido  
me dijo que era mozuela  
cuando la llevaba al río.



# Romance de la pena negra

A José Navarro Pardo

Las piquetas de los gallos  
cavan buscando la aurora,  
cuando por el monte oscuro  
baja Soledad Montoya.  
Cobre amarillo, su carne,  
huele a caballo y a sombra.  
Yunques ahumados sus pechos,  
gimen canciones redondas.  
Soledad, ¿por quién preguntas  
sin compañía y a estas horas?  
Pregunte por quien pregunte,  
dime: ¿a ti qué se te importa?  
Vengo a buscar lo que busco,  
mi alegría y mi persona.  
Soledad de mis pesares,  
caballo que se desboca,  
al fin encuentra la mar  
y se lo tragan las olas.  
No me recuerdes el mar,  
que la pena negra, brota  
en las sierras de aceituna  
bajo el rumor de las hojas.  
¡Soledad, qué pena tienes!  
¡Qué pena tan lastimosa!  
Lloras zumo de limón  
agrio de espera y de boca.  
¡Qué pena tan grande!  
Corro mi casa como una loca,  
mis dos trenzas por el suelo,  
de la cocina a la alcoba.

¡Qué pena! Me estoy poniendo  
de azabache, carne y ropa.  
¡Ay mis camisas de hilo!  
¡Ay mis muslos de amapola!  
Soledad: lava tu cuerpo  
con agua de las alondras,  
y deja tu corazón en paz,  
Soledad Montoya.

Por abajo canta el río:  
volante de cielo y hojas.  
Con flores de calabaza,  
la nueva luz se corona.  
¡Oh pena de los gitanos!  
Pena limpia y siempre sola.  
¡Oh pena de cauce oculto  
y madrugada remota!

# San Miguel

(Granada)

**A Diego Buigas de Dalmau**

Se ven desde las barandas,  
por el monte, monte, monte,  
mulos y sombras de mulos  
cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbrías  
se empañan de inmensa noche.  
En los recodos del aire  
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos  
cierra sus ojos de azogue  
dando a la quieta penumbra  
un final de corazones.  
Y el agua se pone fría  
para que nadie la toque.  
Agua loca y descubierta  
por el monte, monte, monte.

San Miguel lleno de encajes  
en la alcoba de su torre,  
enseña sus bellos muslos  
ceñidos por los faroles.

Arcángel domesticado  
en el gesto de las doce,  
finge una cólera dulce  
de plumas y ruiseñores.  
San Miguel canta en los vidrios;

efebo de tres mil noches,  
fragante de agua colonia  
y lejano de las flores.

El mar baila por la playa,  
un poema de balcones.  
Las orillas de la luna  
pierden juncos, ganan voces.  
Vienen manolas comiendo  
semillas de girasoles,  
los culos grandes y ocultos  
como planetas de cobre.  
Vienen altos caballeros  
y damas de triste porte,  
morenas por la nostalgia  
de un ayer de ruseñores.  
Y el obispo de Manila,  
ciego de azafrán y pobre,  
dice misa con dos filos  
para mujeres y hombres.

San Miguel se estaba quieto  
en la alcoba de su torre,  
con las enaguas cuajadas  
de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos  
y de los números nones,  
en el primor berberisco  
de gritos y miradores.

# San Rafael

(Córdoba)

A Juan Izquierdo Croselles

I

Coches cerrados llegaban  
a las villas de juncos  
donde las ondas alisan  
romano torso desnudo.  
Coches, que el Guadalquivir  
tiende en su cristal maduro,  
entre láminas de flores  
y resonancia de nublos.  
Los niños tejen y cantan  
el desengaño del mundo  
cerca de los viejos coches  
perdidos en el nocturno.  
Pero Córdoba no tiembla  
bajo el misterio confuso,  
pues si la sombra levanta  
la arquitectura del humo,  
un pie de mármol afirma  
su casto fulgor enjuto.  
Pétalos de lata débil  
recaman los grises puros  
de la brisa, desplegada  
sobre los arcos de triunfo.  
Y mientras el puente sopla  
diez rumores de Neptuno,  
vendedores de tabaco  
huyen por el roto muro.

II

Un solo pez en el agua  
que a las dos Córdoba junta:  
Blanca Córdoba de juncos.  
Córdoba de arquitectura.  
Niños de cara impasible  
en la orilla se desnudan,  
aprendices de Tobías  
y Merlines de cintura,  
para fastidiar al pez  
en irónica pregunta  
si quiere flores de vino  
o saltos de media luna.  
Pero el pez que dora el agua  
y los mármoles enluta,  
les da lección y equilibrio  
de solitaria columna.  
El Arcángel aljamiado  
de lentejuelas oscuras,  
en el mitin de las ondas  
buscaba rumor y cuna.

Un solo pez en el agua.  
Dos Córdoba de hermosura.  
Córdoba quebrada en chorros.  
Celeste Córdoba enjuta.

# San Gabriel

(Sevilla)

**A D. Agustín Viñuales**

I

Un bello niño de junco,  
anchos hombros, fino talle  
piel de nocturna manzana,  
boca triste y ojos grandes,  
nervio de plata caliente,  
ronda la desierta calle.  
Sus zapatos de charol  
rompen las dalias del aire,  
con los dos ritmos que cantan  
breves lutos celestiales.  
En la ribera del mar  
no hay palma que se le iguale,  
ni emperador coronado  
ni lucero caminante.  
Cuando la cabeza inclina  
sobre su pecho de jaspe,  
la noche busca llanuras  
porque quiere arrodillarse.  
Las guitarras suenan solas  
para San Gabriel Arcángel,  
domador de palomillas  
y enemigo de los sauces.  
San Gabriel: El niño llora  
en el vientre de su madre.  
No olvides que los gitanos  
te regalaron el traje.

II

Anunciación de los Reyes,  
bien lunada y mal vestida,  
abre la puerta al lucero  
que por la calle venía.  
El Arcángel San Gabriel,  
entre azucena y sonrisa,  
bisnieto de la Giralda,  
se acercaba de visita.  
En su chaleco bordado  
grillos ocultos palpitan.  
Las estrellas de la noche  
se volvieron campanillas.  
San Gabriel: Aquí me tienes  
con tres clavos de alegría.  
Tu fulgor abre jazmines  
sobre mi cara encendida.  
Dios te salve, Anunciación.  
Morena de maravilla.  
Tendrás un niño más bello  
que los tallos de la brisa.  
¡Ay San Gabriel de mis ojos!  
¡Gabrielillo de mi vida!  
Para sentarte yo sueño  
un sillón de clavelinas.  
Dios te salve, Anunciación,  
bien lunada y mal vestida.  
Tu niño tendrá en el pecho  
un lunar y tres heridas.  
¡Ay San Gabriel que reluces!  
¡Gabrielillo de mi vida!  
En el fondo de mis pechos  
ya nace la leche tibia.  
Dios te salve, Anunciación.  
Madre de cien dinastías.  
Áridos lucen tus ojos,



paisajes de caballista.

El niño canta en el seno  
de Anunciación sorprendida.  
Tres balas de almendra verde  
tiemblan en su voccecita.  
Ya San Gabriel en el aire  
por una escala subía.  
Las estrellas de la noche  
se volvieron siempre vivas,

# Prendimiento de Antoñito El Camborio en el camino de Sevilla

A Margarita Xirgu

Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre  
va a Sevilla a ver los toros.  
Moreno de verde luna  
anda despacio y garboso.  
Sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos.  
A la mitad del camino  
cortó limones redondos,  
y los fue tirando al agua  
hasta que la puso de oro.  
Y a la mitad del camino,  
bajo las ramas de un olmo,  
guardia civil caminera  
lo llevó codo con codo.

El día se va despacio,  
la tarde colgada a un hombro,  
dando una larga torera  
sobre el mar y los arroyos.  
Las aceitunas aguardan  
la noche de Capricornio,  
y una corta brisa, ecuestre,  
salta los montes de plomo.  
Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
viene sin vara de mimbre  
entre los cinco tricornos.

Antonio, ¿quién eres tú?  
Si te llamaras Camborio,  
hubieras hecho una fuente  
de sangre con cinco chorros.  
Ni tú eres hijo de nadie,  
ni legítimo Camborio.  
¡Se acabaron los gitanos  
que iban por el monte solos!  
Están los viejos cuchillos  
tiritando bajo el polvo.

A las nueve de la noche  
lo llevan al calabozo,  
mientras los guardias civiles  
beben limonada todos.  
Y a las nueve de la noche  
le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro.

# Muerte de Antoñito El Camborio

A José Antonio Rubio Sacristán

Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Voces antiguas que cercan  
voz de clavel varonil.  
Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.  
Cuando las estrellas clavan  
rejones al agua gris,  
cuando los erales sueñan  
verónicas de alhelí,  
voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.

Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?  
Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,

medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
¡Ay Antoñito el Camborio,  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
¡Ay Federico García,  
llama a la Guardia Civil!  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.

Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso pone  
su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejía,  
voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir.

# Muerto de amor

A Margarita Manso

¿Qué es aquello que reluce  
por los altos corredores?  
Cierra la puerta, hijo mío,  
acaban de dar las once.  
En mis ojos, sin querer,  
relumbran cuatro faroles.  
Será que la gente aquella  
estará fregando el cobre.

Ajo de agónica plata  
la luna menguante, pone  
cabelleras amarillas  
a las amarillas torres.  
La noche llama temblando  
al cristal de los balcones,  
perseguida por los mil  
perros que no la conocen,  
y un olor de vino y ámbar  
viene de los corredores.

Brisas de caña mojada  
y rumor de viejas voces,  
resonaban por el arco  
roto de la media noche.  
Bueyes y rosas dormían.  
Solo por los corredores  
las cuatro luces clamaban

con el furor de San Jorge.  
Tristes mujeres del valle  
bajaban su sangre de hombre,  
tranquila de flor cortada  
y amarga de muslo joven.  
Viejas mujeres del río  
lloraban al pie del monte,  
un minuto intransitable  
de cabelleras y nombres.  
Fachadas de cal ponían  
cuadrada y blanca la noche.  
Serafines y gitanos  
tocaban acordeones.  
Madre, cuando yo me muera,  
que se enteren los señores.  
Pon telegramas azules  
que vayan del Sur al Norte.  
Siete gritos, siete sangres,  
siete adormideras dobles,  
quebraron opacas lunas  
en los oscuros salones.  
Lleno de manos cortadas  
y coronitas de flores,  
el mar de los juramentos  
resonaba, no sé donde.  
Y el cielo daba portazos  
al brusco rumor del bosque,  
mientras clamaban las luces  
en los altos corredores.

# Romance del emplazado

Para Emilio Aladrén

¡Mi soledad sin descanso!  
Ojos chicos de mi cuerpo  
y grandes de mi caballo,  
no se cierran por la noche  
ni miran al otro lado  
donde se aleja tranquilo  
un sueño de trece barcos.  
Sino que limpios y duros  
escuderos desvelados,  
mis ojos miran un norte  
de metales y peñascos  
donde mi cuerpo sin venas  
consulta naipes helados.

Los densos bueyes del agua  
embisten a los muchachos  
que se bañan en las lunas  
de sus cuernos ondulados.  
Y los martillos cantaban  
sobre los yunques sonámbulos,  
el insomnio del jinete y el insomnio del caballo.

El veinticinco de junio  
le dijeron a el Amargo:  
Ya puedes cortar si gustas  
las adelfas de tu patio.  
Pinta una cruz en la puerta  
y pon tu nombre debajo,  
porque cicutas y ortigas  
nacerán en tu costado,



y agujas de cal mojada  
te morderán los zapatos.  
Será de noche, en lo oscuro,  
por los montes imantados,  
donde los bueyes del agua  
beben los juncos soñando.  
Pide luces y campanas.  
Aprende a cruzar las manos,  
y gusta los aires fríos  
de metales y peñascos.  
Porque dentro de dos meses  
yacerás amortajado.

Espadón de nebulosa  
mueve en el aire Santiago.  
Grave silencio, de espalda,  
manaba el cielo combado.

El veinticinco de junio  
abrió sus ojos Amargo,  
y el veinticinco de agosto  
se tendió para cerrarlos.  
Hombres bajaban la calle  
para ver al emplazado,  
que fijaba sobre el muro  
su soledad con descanso.  
Y la sábana impecable,  
de duro acento romano,  
daba equilibrio a la muerte  
con las rectas de sus paños.

# Romance de la guardia civil española

A Juan Guerrero

*Cónsul General de la Poesía*

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capes relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas

forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido,  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento, vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche  
noche, que noche nochera.

La Virgen y San José,  
perdieron sus castañuelas,  
y buscan a los gitanos  
para ver si las encuentran.  
La Virgen viene vestida  
con un traje de alcaldesa  
de papel de chocolate  
con los collares de almendras.  
San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna, soñaba  
un éxtasis de cigüeña.  
Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
por Jerez de la Frontera.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
Apaga tus verdes luces  
que viene la benemérita.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar,

sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas,  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo se les antoja,  
una vitrina de espuelas.

La ciudad libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de noviembre  
para no infundir sospechas.  
Un vuelo de gritos largos  
se levantó en las veletas.  
Los sables cortan las brisas  
que los cascos atropellan.  
Por las calles de penumbra  
huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las orzas de monedas.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras,  
dejando atrás fugaces  
remolinos de tijeras.

En el portal de Belén  
los gitanos se congregan.  
San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.  
Tercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.  
La Virgen cura a los niños

con salivilla de estrella.  
Pero la Guardia Civil  
avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.  
Rosa la de los Camborios,  
gime sentada en su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrían  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.  
Cuando todos los tejados  
eran surcos en la tierra,  
el alba meció sus hombros  
en largo perfil de piedra.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
La Guardia Civil se aleja  
por un túnel de silencio  
mientras las llamas te cercan.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Que te busquen en mi frente.  
Juego de luna y arena

## **Tres romances históricos**

## **Martirio de Santa Olalla**

**A Rafael Martínez Nadal**

### **I. Panorama de Mérida**

Por la calle brinca y corre  
caballo de larga cola,  
mientras juegan o dormitan  
viejos soldados de Roma.  
Medio monte de Minervas  
abre sus brazos sin hojas.  
Agua en vilo redoraba  
las aristas de las rocas.  
Noche de torsos yacentes  
y estrellas de nariz rota,  
aguarda grietas del alba  
para derrumbarse toda.  
De cuando en cuando sonaban  
blasfemias de cresta roja.  
Al gemir, la santa niña  
quiebra el cristal de las copas.  
La rueda afila cuchillos  
y garfios de aguda comba.  
Brama el toro de los yunques,  
y Mérida se corona  
de nardos casi despiertos  
y tallos de zarzamora.

### **II. El martirio**

Flora desnuda se sube  
por escalerillas de agua.  
El Cónsul pide bandeja  
para los senos de Olalla.

Un chorro de venas verdes  
le brota de la garganta.  
Su sexo tiembla enredado  
como un pájaro en las zarzas.  
Por el suelo, ya sin norma,  
brincan sus manos cortadas  
que aun pueden cruzarse en tenue  
oración decapitada.  
Por los rojos agujeros  
donde sus pechos estaban  
se ven cielos diminutos  
y arroyos de leche blanca.  
Mil arbolillos de sangre  
le cubren toda la espalda  
y oponen húmedos troncos  
al bisturí de las llamas.  
Centuriones amarillos  
de carne gris, desvelada,  
llegan al cielo sonando  
sus armaduras de plata.  
Y mientras vibra confusa  
pasión de crines y espadas,  
el Cónsul porta en bandeja  
senos ahumados de Olalla.

### III. Infierno y gloria

Nieve ondulada reposa.  
Olalla pende del árbol.  
Su desnudo de carbón  
tizna los aires helados.  
Noche tirante reluce.  
Olalla muerta en el árbol.  
Tinteros de las ciudades  
vuelcan la tinta despacio.  
Negros maniqués de sastre  
cubren la nieve del campo,  
en largas filas que gimen



un silencio mutilado.  
Nieve partida comienza  
Olalla blanca en el árbol.  
Escuadras de níquel juntan  
los picos en su costado.

Una Custodia reluce  
sobre los cielos quemados,  
entre gargantas de arroyo  
y ruisiñores en ramos.  
¡Saltan vidiros de colores!  
Olalla blanca en lo blanco.  
Angeles y serafines  
dicen: Santo, Santo, Santo.

## Burla de Don Pedro a caballo

A Jean Cassou

Romance de Don Pedro a caballo

Por una vereda  
venía Don Pedro.  
¡Ay cómo lloraba  
el caballero!  
Montado en un ágil  
caballo sin freno,  
venía en la busca  
del pan y del beso.  
Todas las ventanas  
preguntan al viento,  
por el llanto oscuro  
del caballero.

Primera laguna

Bajo el agua  
siguen las palabras.  
Sobre el agua  
una luna redonda  
se baña,  
dando envidia a la otra  
¡tan alta!  
En la orilla,  
un niño,  
ve las lunas y dice:  
¡Noche; toca los platillos!

Sigue

A una ciudad lejana  
ha llegado Don Pedro.  
Una ciudad de oro  
entre un bosque de cedros.  
¿Es Belén? Por el aire  
yербaluisa y romero.  
Brillan las azoteas  
y las nubes. Don Pedro  
pasa por arcos rotos.  
Dos mujeres y un viejo  
con velones de plata  
le salen al encuentro.  
Los chopos dicen: No.  
Y el ruiseñor: Veremos.

### Segunda laguna

Bajo el agua  
siguen las palabras.  
Sobre el peinado del agua  
un círculo de pájaros y llamas.  
Y por los cañaverales,  
testigos que conocen lo que falta.  
Sueño concreto y sin norte  
de madera de guitarra.

### Sigue

Por el camino llano  
dos mujeres y un viejo  
con velones de plata  
van al cementerio.  
Entre los azafranes  
han encontrado muerto  
el sombrío caballo  
de Don Pedro.  
Voz secreta de tarde  
balaba por el cielo.  
Unicornio de ausencia

rompe en cristal su cuerno.  
La gran ciudad lejana  
está ardiendo  
y un hombre va llorando  
tierras adentro.  
Al Norte hay una estrella.  
Al Sur un marinero.

### Última laguna

Bajo el agua  
están las palabras.  
Limo de voces perdidas.  
Sobre la flor enfriada,  
está Don Pedro olvidado  
¡ay!, jugando con las ramas.

## Thamar y Amnón

Para Alfonso García-Valdecasas

La luna gira en el cielo  
sobre las sierras sin agua  
mientras el verano siembra  
rumores de tigre y llama.  
Por encima de los techos  
nervios de metal sonaban.  
Aire rizado venía  
con los balidos de lana.  
La sierra se ofrece llena  
de heridas cicatrizadas,  
o estremecida de agudos  
cauterios de luces blancas.

Thamar estaba soñando  
pájaros en su garganta,  
al son de panderos fríos  
y cítaras enlunadas.  
Su desnudo en el alero,  
agudo norte de palma,  
pide copos a su vientre  
y granizo a sus espaldas.  
Thamar estaba cantando  
desnuda por la terraza.  
Alrededor de sus pies,  
cinco palomas heladas,  
Amnón, delgado y concreto,  
en la torre la miraba,  
llenas las ingles de espuma  
y oscilaciones la barba.  
Su desnudo iluminado  
se tendía en la terraza,

con un rumor entre dientes  
de flecha recién clavada.  
Amnón estaba mirando  
la luna redonda y baja,  
y vio en la luna los pechos  
durísimos de su hermana.

Amnón a las tres y media  
se tendió sobre la cama.  
Toda la alcoba sufría  
con sus ojos llenos de alas.  
La luz, maciza, sepulta  
pueblos en la arena parda,  
o descubre transitorio  
coral de rosas y dalias.  
Linfá de pozo oprimida  
brota silencio en las jarras.  
En el musgo de los troncos  
la cobra tendida canta.  
Amnón gime por la tela  
fresquísima de la cama.  
Yedra del escalofrío  
cubre su carne quemada.  
Thamar entró silenciosa  
en la alcoba silenciada,  
color de vena y Danubio,  
turbia de huellas lejanas.  
Thamar, bórrame los ojos  
con tu fija madrugada.  
Mis hilos de sangre tejen  
volantes sobre tu falda.  
Déjame tranquila, hermano.  
Son tus besos en mi espalda  
avispas y viente-cillos  
en doble enjambre de flautas.  
Thamar, en tus pechos altos  
hay dos peces que me llaman  
y en las yemas de tus dedos

rumor de rosa encerrada.

Los cien caballos del rey  
en el patio relinchaban.  
Sol en cubos resistía  
la delgadez de la parra.  
Ya la coge del cabello,  
ya la camisa le rasga.  
Corales tibios dibujan  
arroyos en rubio mapa.

¡Oh, qué gritos se sentían  
por encima de las casas!  
Qué espesura de puñales  
y túnicas desgarradas.  
Por las escaleras tristes  
esclavos suben y bajan.  
Embolos y muslos juegan  
bajo las nubes paradas.  
Alrededor de Tamar  
gritan vírgenes gitanas  
y otras recogen las gotas  
de su flor martirizada.  
Paños blancos enrojecen  
en las alcobas cerradas.  
Rumores de tibia aurora  
pámpanos y peces cambian.

Violador enfurecido,  
Amnón huye con su jaca.  
Negros le dirigen flechas  
en los muros y atalayas.  
Y cuando los cuatro cascots  
eran cuatro resonancias,  
David con unas tijeras  
cortó las cuerdas del arpa.

## Federico García Lorca



Federico García Lorca (Fuente Vaqueros, Granada, 5 de junio de 1898 - camino de Víznar a Alfacar, Granada, 18 de agosto de 1936) fue un poeta, dramaturgo y prosista español, también conocido por su destreza en muchas otras artes. Adscrito a la llamada Generación del 27, fue el poeta de mayor influencia y popularidad de la literatura española del siglo xx. Como dramaturgo se le considera una de las cimas



del teatro español del siglo xx, junto con Valle-Inclán y Buero Vallejo. Murió fusilado tras el golpe de Estado que dio origen a la Guerra Civil Española solo un mes después de iniciada esta.

El universo lorquiano se define por un palpable sistematismo: la poesía, el drama y la prosa se alimentan de obsesiones —amor, deseo, esterilidad— y de claves estilísticas constantes. La variedad de formas y tonalidades nunca atenta contra esa unidad cuya cuestión central es la frustración.